



Sueño de Solentiname

María del Pilar Ríos

Tucumán - Argentina

“Cada día será un domingo y una misa.

Será

Será

Será cada región según

sus necesidades

“*Solentiname*” Bosco Centeno

Ponencia presentada en

X JORNADAS ANDINAS DE LITERATURA LATINOAMERICANA,
organizado por JALLA Colombia, Universidad del Valle,

Cali, Colombia, 30 de julio al 3 de agosto de 2012.

El archipiélago de Solentiname, ubicado en el extremo sureste del lago Cocibolca en Nicaragua, fue el lugar elegido por el sacerdote, poeta, revolucionario Ernesto Cardenal para instalar en la década del 60' una comunidad contemplativa. Este objetivo inicial fue transformándose a la luz de los acontecimientos histórico – políticos y de las actividades realizadas.



Respondiendo a lo que etimológicamente su nombre significa, se convirtió en un “lugar de huéspedes” donde se dieron cita diferentes referentes de las letras y las artes latinoamericanas con el fin de conocer y promover el trabajo artístico realizado por los campesinos (pintura primitivista, artesanía en madera balsa y poesía) que sirvieron también como medio de subsistencia de la comunidad.

Simultáneamente, la lectura y comentarios de los evangelios iluminados por los postulados de la teología de la liberación, que propone una lectura en clave marxista de los mismos, derivaron inevitablemente en la adhesión y participación de la comunidad en la lucha contra la dictadura somocista puesta en marcha por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Después del ataque al puerto de San Carlos llevado a cabo por los miembros de la comunidad, la misma fue destruida completamente por la Guardia Nacional. En los 80’, durante la gestión de Cardenal como Ministro de Cultura de la Revolución Popular Sandinista fue reconstruida y hoy funciona en la isla la Asociación para el Desarrollo de Solentiname (APDS) fundada a partir de la donación de las tierras realizada por el poeta.

El desarrollo histórico de esta comunidad es relatado en *Las ínsulas extrañas. Memorias II* del autor nicaragüense Ernesto Cardenal, publicadas en 2002

ya no tuvimos más huéspedes porque dejamos Solentiname por la revolución. La guardia de Somoza, en represalia, destruyó todas nuestras instalaciones. Después del triunfo la hemos reconstruido; la comunidad ya no la volvimos a

tener, pero Solentiname ha quedado siendo, y ahora más que antes, “lugar de huéspedes” (429)

Aunque Solentiname como “lugar de huéspedes” es una representación que continúa vigente, en este derrotero histórico, el archipiélago ha dejado de ser simplemente un espacio geográfico para convertirse en un lugar cargado de valor simbólico. En un nuevo contexto histórico – político, se erige como símbolo de resistencia y baluarte de los valores, principios y utopías propuestos en su momento por la Revolución Sandinista.

Me interesa, entonces, reflexionar acerca de diferentes formas a través de las cuales se intentó recuperar y transmitir la historia de Solentiname y el accionar de los sujetos involucrados propiciando la transformación del espacio físico real en un lugar con significados particulares cargado de sentidos y sentimientos (Jelin, Langland).

Para ello, me centraré en el texto de Ernesto Cardenal ya mencionado y en la celebración del cumpleaños número 87 del poeta realizada el 19 de enero pasado con la reinauguración de la Iglesia Nuestra Señora de Solentiname mediante la Misa Campesina. Este evento supuso una puesta en escena de muchas de las problemáticas y representaciones de Solentiname y la revolución presentes en el texto literario.

Reflexionar sobre ellos conjuntamente me permite abordar la problemática relación entre discurso y práctica, entre literatura y experiencia. En un caso, la mirada será la del lector, en el otro, la de participante que toma una distancia espacial y temporal para “leer” esta experiencia.

El texto y el evento constituyen diferentes formas a través de las cuales se pone en marcha la maquinaria de la memoria. En ambos

casos la idea que subyace coincide con la propuesta por Joan – Carles Melich en *La lección de Auschwitz*. Se trata de una memoria entendida como tiempo, como aquella que “remite al pasado, bajo la forma del ‘recuerdo / olvido’, al presente, bajo la forma de la ‘crítica al mundo dado por supuesto’, y al futuro, bajo la forma del ‘anhelo’, del ‘deseo’, de la ‘esperanza’ y de la ‘utopía’” (2004: 35).

Los tres tomos de las memorias publicadas por Ernesto Cardenal se constituyen como una mirada del pasado selectiva (Todorov) que propone un continuum significativo (Sarlo) con el presente. El presente de la enunciación desde el que se narra y que está inscripto en el discurso problematiza la función de la escritura, los motivos que llevan en un lugar y momento determinado a intentar salvar del olvido un hecho particular.

La elección del género memoria entre las diversas posibilidades de las escrituras del yo supone que la escritura no se centra en la historia personal del sujeto. Por el contrario, el narrador se constituye como un relator, como un cronista; “no es el yo el que está en juego, sino la mirada de una persona que, en determinado momento, se encontró con la historia, o cuya historia personal se cruzó con la historia histórica” (Miraux: 2005, 17).

Sin embargo, en las obras del autor nicaragüense afloran una serie de variaciones dadas por la incorporación de la voz de la experiencia individual introducida entre los relatos y otras voces mediante el uso de los paréntesis; y el tono místico – profético que tiñe cada uno de los sucesos narrados e incorpora una nueva óptica, una mirada trascendental. Lo íntimo, lo privado y lo público confluyen

para configurar un espacio heterogéneo, dialógico; un espacio biográfico (Arfuch).

En *Las Ínsulas Extrañas*, la voz autobiográfica narra la elección y llegada a la Isla Mancarrón para fundar la comunidad, los primeros años y trabajos y la participación de la misma en la lucha revolucionaria. Aunque es una constante en las memorias de Cardenal, en este volumen en particular, es el discurso y el lenguaje religioso el que sobresale. El título, intertexto de un poema de San Juan de la Cruz, adelanta ya dos de los planos en los que se construye la significación del archipiélago más allá del espacio físico: el místico y el literario.

Así, Solentiname se representa como el lugar vacío, aquel al que nadie llegaba, ni siquiera el progreso debido a su inaccesibilidad y se lo hace a través de la cita de diferentes textos literarios de autores nicaragüenses que viven en la zona del río San Juan como Fernando Silva y José Coronel Urtecho.

Por el contrario, el descubrimiento del espacio y la instalación de la comunidad se representan irónicamente como una serie de casualidades; entre ellas, la presencia en esa isla de una Iglesia, la entrega de un premio en la radio por la pregunta acerca de la ubicación del archipiélago, la presencia ocasional de un arquitecto para recuperar la iglesia antes de ser demolida y la mágica aparición de fondos para poder sostener la comunidad en los primeros años.

La ironía usada para narrar estas "casualidades", que incluyen apelaciones al lector, sugiere la real significación que poseen: se trata de la obra de Dios, ya que ese es el espacio que está destinado para la fundación de la nueva comunidad.

Este primer núcleo significativo en el que confluyen religión y literatura admite la representación de Solentiname como “Centro del Universo” (Elíade), puesto que es un espacio revelado que los sujetos van descubriendo en la medida que se les presenta a la vista, se les aparece; un lugar al que para acceder hay que sortear una serie de obstáculos, un laberinto de islas y un lago difícil de navegar; y, finalmente, porque incluye la noción de “espacio creacional”, es decir, aquel en el que puede comenzar la creación.

Se trata de la creación de una nueva forma de vida contemplativa, diferente a la monástica existente, que se proyecta a una nueva manera de experimentar la divinidad: mística en tanto amor a Dios, pero terrenal ya que la mirada está puesta en lo que Él ha creado: la naturaleza y los hombres.

Solentiname se configura, así, como el primer espacio en el que puede existir el hombre nuevo, un experimento de lo que podría ser América Latina, una posibilidad de realizar las utopías de las revoluciones “ninguno de nosotros considerábamos nuestra comunidad como un modelo para América Latina; la veíamos como una revolución ‘en pequeño’, una preparación espiritual para una revolución más grande” (*Las ínsulas...* 418).

A partir de la recuperación de la figura de Camilo Torres y del desarrollo en forma casi ensayística de los postulados de la teología de la liberación en el capítulo “Un marxismo con san Juan de la Cruz”, el primer núcleo significativo se amplía incorporando en él la Revolución “En Solentiname por primera vez se dio el caso que hubiera campesinos que pintaran. También que hicieran escultura, y teología y poesía. (Y por último algunos además terminaron siendo guerrilleros” (*Las ínsulas...*240).



Las sucesivas modificaciones de las prácticas religiosas, la incorporación de lecturas marxistas en lugar de bíblicas, la lectura y comentarios comunitarios del evangelio en la misa dominical en clave revolucionaria, la subsistencia a partir del trabajo artístico y la participación en la lucha revolucionaria configuran a Solentiname como núcleo significativo de la unión entre literatura, religión y revolución.

En *Las Ínsulas Extrañas* cada uno de los hechos y las personas recuperadas por el gesto de la escritura sirven de llave para la reflexión acerca de la necesidad de la revolución para instaurar el paraíso en la tierra. Motivos recurrentes: el amor, la solidaridad, la cordialidad y la utopía reinante en la comunidad. Es precisamente esta recurrencia en los motivos y las formas la que permite la construcción de Solentiname no como espacio geográfico sino como el símbolo de que ese paraíso terrenal es posible ya que fue experimentado.

Pasado que se recupera en un nuevo contexto, se lee críticamente a la luz de esos mismos hechos y reinstala la utopía y la búsqueda de un futuro mejor

Tuvimos una revolución y la perdimos. Ahora hay una nueva generación en Solentiname, y son los hijos y las hijas de Bosco y la Esperanza, de Juan Antonio y la Gloria, de William y Teresita, de Laureano, Iván, Julio Ramón, la Mariíta. Y espero que vivirán una revolución con los mismos ideales de los mártires que están enterrados en el parque infantil de Solentiname (*Las ínsulas...* 247)

Similar propuesta se realizó mediante la celebración del cumpleaños del poeta el 19 de enero pasado. El evento consistió en un viaje de tres días a Solentiname con la participación de intelectuales, poetas, diplomáticos, académicos y miembros del Ministerio de Cultura durante la Revolución.

El día viernes se reinauguró la Iglesia Nuestra Señora de Solentiname con la celebración de la Misa Campesina, luego un almuerzo comunitario como solían hacerlos en la comunidad y, finalmente, un recital ofrecido por los hermanos Mejía Godoy durante el cual, además, se realizaron diferentes lecturas poéticas a cargo de Ernesto Cardenal, William Agudelo y Bosco Centeno, todos miembros de la comunidad histórica.

La Misa Campesina, compuesta por Carlos Mejía Godoy en Solentiname y cantada por primera vez en esta capilla, adhiere a los postulados de la teología de la liberación: el dios de los pobres, el dios obrero, "el dios que suda en la calle, el dios de rostro curtido" (Canto de Entrada). Durante la celebración el Padre Fernando Cardenal comentó la importancia del encuentro, ya que allí nació la misa campesina hace treinta años y, desde entonces, es el himno de los pobres y el símbolo de Dios presente en todos nosotros.

El festejo, entonces, se vuelve una coyuntura en la que las memorias son producidas y activadas, una ocasión pública para "expresar y actuar los diversos sentidos que se le otorga al pasado, reforzando algunos, ampliando y cambiando otros". (Jelin, 2002: 245).

Los participantes nicaragüenses de este acto de recuperación del pasado, de este "acto de memoria", fueron todos miembros del gobierno revolucionario y hoy explícitamente se posicionan en

oposición a la propuesta de Daniel Ortega, actual Presidente de Nicaragua y ex Comandante de la Revolución. Teniendo en cuenta este nuevo posicionamiento del campo intelectual podríamos preguntarnos acerca de cuáles son los sentidos que se le otorga al pasado, a Solentiname, en esta coyuntura histórico – política.

Desde esta perspectiva, la representación presente es la del espacio de resistencia, el baluarte de los principios enarbolados por la revolución que hoy se consideran perdidos y sometidos al olvido, además de la responsabilidad que recae sobre los sujetos participantes de reinstalarlos en el imaginario.

La celebración del cumpleaños del poeta manifiesta la conformación y el posicionamiento ideológico del campo intelectual en tanto se evidencia la función integradora de la ideología que Paul Ricouer ha definido como “las ceremonias conmemorativas gracias a las cuales una comunidad cualquiera reactualiza en cierto modo los acontecimientos que considera fundacionales de su propia identidad: tenemos, entonces, allí una estructura simbólica de la memoria” (2010, 354).

Al mismo tiempo, esa reactualización de los rasgos fundacionales de la identidad se proyecta como expresión de las potencialidades de un grupo, como “un ejercicio de la imaginación para pensar en *otro modo de ser* de los social” (Ricouer: 2010, 357), en definitiva como utopía.

Pasado, presente y futuro puestos en escena en una sola jornada. Como en las memorias escritas por Ernesto Cardenal, en esta celebración, Solentiname adquirió un valor simbólico a partir de la recuperación de una serie de ideales del pasado que cuestionan el



presente y que se enuncian como la nueva o la misma utopía que se resignifica.

Las memorias de Solentiname, ya sea en discursos o prácticas, son entonces, siguiendo a Tzvetan Todorov una forma de “memoria ejemplar”. A través de estos procesos, el archipiélago pierde su carácter geográfico y se convierte en un símbolo que intenta, en términos de Melich dar una lección, “rememorar para intervenir sobre el presente” y “luchar por un futuro que sea contemporáneo al pasado” (2004, 21).

El archipiélago de Solentiname, ubicado en el extremo sureste del lago Cocibolca en Nicaragua, ha pasado a ser mucho más que este dato geográfico en el imaginario nicaragüense y latinoamericano. Se constituye como significante de la unión de arte, religión y revolución; como experiencia del paraíso en la tierra en tanto revolución y justicia social experimentadas; al mismo tiempo que se proyecta como utopía, como posibilidad de una nueva revolución en América Latina.

En definitiva, *Las Ínsulas Extrañas* y la celebración del cumpleaños de Ernesto Cardenal son actos de memoria expresados y practicados como presente, pasado y futuro. Parafraseando el epígrafe de este trabajo, Solentiname no es, sino que fue, es y será siempre un domingo y una misa; fue, es y será a cada uno según sus necesidades.

© **María del Pilar Ríos**